

**HOMILÍA SOLEMNIDAD DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE**  
**P. ABEL CARDONA DE LARA**  
**12 diciembre de 2018**

“¿Quién soy yo para que la Madre de mi Señor venga a verme?” Esas fueron las palabras que Isabel dirigió a María cuando recibió su visita, y esas son las palabras que los mexicanos, llenos de emoción hemos pronunciado desde hace casi cinco siglos: “¿Quiénes somos para que María, la Madre del Verdadero Dios por quien se vive, haya bajado a nuestro suelo? ¿Quiénes somos para que haya tomado nuestros rasgos mestizos, nuestra tez morena, mexicana?”

María fue en ayuda de Isabel y le llevó la alegría de su Hijo, el Salvador. Y así como fue presurosa por las montañas de Judea para ver a su prima, así presurosa bajó al Tepeyac, compadecida por la situación de nuestro pueblo, destruido por la conquista, las guerras y la peste. Cuando los indígenas creían que sus dioses los habían abandonado, en 1531, vino a traernos la alegría, vino a traernos al Salvador.

Aquella concebida sin mancha de pecado, aquella que recibió el saludo del ángel Gabriel, aquella que dio a luz en Belén, aquella que intercedió en las bodas de Caná, aquella que estuvo al pie de la cruz, aquella que en oración esperó la venida del Espíritu Santo con los Apóstoles, aquella que fue asunta al cielo, la madre de Jesús, vino a visitarnos y se quedó con nosotros.

Isabel dijo a María “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre” En otras advocaciones, la Virgen tiene al niño Jesús en sus brazos, en Guadalupe lo tiene en su vientre, está encinta, embarazada, va a dar a luz, es la mujer del adviento, de la espera, es la mujer del Apocalipsis: “Una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza. Está encinta, va a dar a luz...” María de Guadalupe dará a luz a Cristo en nuestra patria, en nuestro continente. Con Isabel, los cristianos decimos: “Bendito el fruto de tu vientre, Jesús” Y cuando en nuestra patria, los hijos de las tinieblas intentan hacernos creer que asesinar a un niño en el vientre de su madre está muy bien y es un derecho de la mujer, nosotros decimos: “bendito es el fruto del vientre de todas las mujeres”, la vida humana es sagrada y debe tener en el vientre materno su resguardo más seguro. En el vientre de la Virgen de Guadalupe se observa la flor de cuatro pétalos, símbolo náhuatl de la presencia de Dios y de la plenitud.

Los indígenas tenían muchos dioses, uno de ellos era Quetzalcóatl, la serpiente emplumada. Y María al aparecerse a Juan Bernardino, el tío de Juan Diego, le dice que ella es Guadalupe, que significa la que aplasta a la serpiente (del náhuatl Coatloxopeuh, coa=serpiente, tla=la, xopeuh= aplastar), es aquella que en su Hijo aplasta a la serpiente.

En su imagen, ella está por encima de sus dioses: del sol y de la luna. Está revestida de un color azul verde, color reservado para quien los indígenas consideraban “el Dios más allá de todos los dioses”. Está revestida de la divinidad, pero no es diosa. Su vestido color barro, nos dice que aunque viene del cielo, ella se encarna en nuestra tierra. En su manto hay 46 estrellas, en la misma posición donde se encontraban aquel martes 12 de diciembre de 1531.

Ella habló a Juan Diego en náhuatl y se apareció en la fecha que los indígenas celebraban a su diosa Tonantzin, y en el Tepeyac, lugar donde tenían una pirámide para adorarle y ofrecerle sacrificios humanos.

Ella nos pidió un Templo y le hemos hecho miles. Más aún, cada corazón de cada mexicano es una pequeña ermita donde ella vive. Sin embargo, María no sólo pidió la construcción de un Templo material sino también la edificación de un Templo espiritual, de una patria donde se viva la solidaridad, el perdón, la caridad, la justicia, la defensa de la vida y de la familia, los valores del Evangelio de su Hijo, que es Camino, Verdad y Vida.

Ella es madre del Evangelio viviente, Jesucristo, que ha venido a salvar, a liberar. Nuestros héroes invocaron a María en la lucha de independencia, el Padre Hidalgo la llevó en su estandarte y el Padre Morelos la llamó "Patrona de nuestra Libertad". María es la Madre de Jesús y Jesús es la Libertad, ella nos lo da y Él nos libera de la esclavitud del pecado. Cuando estamos en pecado tenemos cadenas, no somos libres, aunque hayamos celebrado el Bicentenario de nuestra Independencia.

El milagro de Guadalupe es algo sorprendente. Su imagen quedó plasmada en el ayate de Juan Diego, el cual estaba hecho de fibra vegetal, de maguey, unos materiales que en menos de 20 años deberían descomponerse. Sin embargo, su imagen estuvo por más de 100 años sin vidrio, expuesta a los tocamientos, a la humedad, al salitre y al humo de las veladoras y después de 480 años la podemos ver como el primer día. Con razón el Papa Pío IX exclamó: "Non fecit taliter omni nationi" ("No ha hecho cosa igual con ninguna otra nación")

Ella preguntó a Juan Diego: ¿A dónde te diriges? ¿A dónde vas? "Voy a tu casa de México Tlatelolco, en pos de las cosas de Dios que nos enseñan nuestros Sacerdotes", contestó él.

Hoy María dirige esa misma pregunta a México, a nuestras familias y a cada uno de nosotros: ¿A dónde vas México? ¿Promoverás leyes en contra de la vida, serás fiel a tu fe católica en tus decisiones? ¿A dónde vas familia? ¿Imitarás los modelos presentados por las tv novelas? ¿aceptarás como normal la unión libre, el divorcio, la homosexualidad, la infidelidad matrimonial? ¿a dónde vas cristiano? ¿vas tras los caminos sin Dios?

Cuando celebramos a María nos encontramos con su Hijo, María nos lleva a Jesús, por María llegamos a Él y, en esta Solemnidad nos dice como en las Bodas de Caná: "Hagan lo que Él les diga" Nuestro amor por María será demostrado en la medida que seamos capaces de hacer lo que Jesús nos dice, de otra manera, nuestra fe y amor en María será mentira.

Nuestra fe debe ser más fuerte que nunca, una fe sencilla como la de Juan Diego, una fe capaz de vencer cualquier obstáculo.

La Virgen envió a Juan Diego a llevar el mensaje al Obispo y a nosotros también nos envía a ser sus mensajeros en la sociedad. Ella es la primera evangelizada y la más grande evangelizadora de estas tierras. "Evangelizar es la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda, ella existe para evangelizar" nos dijo el Papa Paulo VI. Cada cristiano debe aceptar, vivir y transmitir el Evangelio. María nos nombra sus embajadores muy dignos de confianza, nos pide que llevemos el Evangelio de su Hijo a todos los ambientes donde nos desenvolvemos cada uno. Y seguramente nos pide que nuestras Parroquias, más que centros de ceremonias, sean centros de evangelización, de irradiación misionera.

Depositemos a sus pies nuestras necesidades, problemas, preocupaciones, sueños, proyectos e ilusiones. Ella es nuestra Madre, Jesús nos la dio en la cruz. Escuchemos sus palabras dulces: “¿Qué te preocupa? ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?”

“MI CORAZÓN EN AMARTE ETERNAMENTE SE OCUPE, Y MI LENGUA EN ALABARTE, MADRE  
MÍA DE GUADALUPE”